

común, al que tenían sin cuidado los partidos políticos y los homenajes póstumos.

Superada la crisis de los treinta, resolvió que Medellín necesitaba ampliar el viejo aeropuerto impulsado por él en 1937. Después de conferencias y discursos, cartas y visitas, consiguió que en 1947 se inaugurara el aeropuerto Olaya Herrera. Cuando las aventuras con la aviación parecieron tocar a fin, optó por darle un regalo a Medellín y fundó una flota de taxis: el Tax Imperial, lo más pintoresco que vio el parque de Berrió en 1931.

A la par de esto, don Gonzalo participaba en la formación de muchas industrias de importancia, pertenecía a juntas directivas, comités empresariales, fue presidente del Club Unión, y hasta una empresa de transporte de carne estuvo en su agenda. Terminó trazando proyectos y planes para la autopista Medellín-Bogotá.

Uno puede imaginarlo

Lo mejor del libro que Héctor Mejía (nada que ver con la familia) escribió sobre don Gonzalo es que uno termina por imaginárselo. Con su irremplazable flor en la solapa sus ojos medio cerrados y su sonrisa imborrable, bronceándose al sol, práctica que nunca descuidó por su vanidad, montando los mejores caballos, alegrando todas las fiestas de sociedad, imaginando proyectos, enamorando muchachas y bailando, lo que era su gran placer. La descripción nimia que hace Héctor Mejía permite imaginárselo con su sombrero chillón, alto, robusto, canoso y con una vozarrona de hombrachón. El biógrafo va entregando además puntadas claves sobre la historia mundial y nacional, que permiten situar dentro de un contexto la labor de Gonzalo Mejía y salvar al libro de ser una pueril alabanza regionalista. Uno termina también por imaginarse a doña Alicia, su esposa, que lo acompañó desde 1911 y que en 1945 murió habiendo educado 7 hijos, mientras vivió su propia vida de mujer sociable. Se dibuja también la imagen de Marichú, la hermana mayor de Gonzalo Mejía y la deposita-

ria de su más hondo reconocimiento por haber sido indeclinable en sus ideas más aéreas.

La generosa narración de Héctor Mejía permite topetarse con esos rincones silenciosos que posee todo ser, por fuerte y emprendedor que sea. Esa cavidad sensible llamada "recuerdo amoroso", que persiguió a don Gonzalo desde que una condesita polaca, Imelda Prunzisky, le robó su corazón durante su primer viaje a Europa. Nunca pudo tenerla porque, a juicio de los padres de la impecable condesita, él era un pobre suramericano que no conseguiría colmarla hasta hacerla feliz. Tal vez a Imelda le confesó el secreto de lo que pensaba de sí mismo, una noche de 1909. Cuando recorrían Venecia en un delirio de amantes, al entrar a una plaza, vio la estatua de un guerrero y se dirigió a Imelda para decirle: "Ese soy yo".

ÁNGELA PÉREZ

Medellín y una mujer crecen: sus vivencias y recuerdos

Vida de una abuela

Blanca Mejía de Zulategi
Ed. Lealón, Medellín, 1983

Relato en tono de abuela a sus nietos, útil para documentar la vida cotidiana de las mujeres de clase alta de Medellín durante la primera mitad del siglo XX.

Contar quién es la autora es resumir el libro que abarca en orden cronológico la historia de su vida. Con una narración amena, sorprendente a veces por la fidelidad con los detalles —olores, sabores, sonidos—; describe cómo vivía su familia en la época en que los viajes se hacían a caballo o en silleta, sus impresiones de los campos, pueblos y ciudades donde vivió.

En la infancia algunas tradiciones del campo le fueron transmitidas mediante el contacto con las cocineras

y los peones de las fincas. Recuerda los sustos con los gritos de la Llorona, los espantos de la Patasola, las aventuras de Sebastián de las Gracias.

Aparecen los recuerdos de su adolescencia en Medellín. Contando de sus noviazgos, sostenidos a punta de salidas a misa, a retretas del parque Bolívar y visitas por la ventana, nos recrea el paisaje urbano del Medellín del tranvía, del circo España, de las cajoneras y sus pregones, de Salvita y sus globos de tela.



Doña Blanca, sin dejar de ser una señora muy aseñorada, debió aguantarse la presión y la beatería de la "sociedad" medellinense, a raíz de sus relaciones con un extranjero, Miguel de Zulategi y Huarte, músico vasco, ordenado carmelita contra su voluntad. La curia les declara la guerra. Ningún juez se atreve a casarlos por temor a la excomunión. Viajan a Panamá en 1932 y se casan por lo civil. Son excomulgados. Viven en Bilbao, guerra civil española. Regresan a Colombia, a Medellín, viven entre músicos, vienen a Bogotá, el nueve de abril, y a Cartagena donde don Miguel dirige la Orquesta Sinfónica fundada por Rojas Pinilla.

A pesar de su distanciamiento de la religión, un acto excepcional para su medio y su época, y de haber vivido varias veces en pensiones en que se hospedaban principalmente extranjeros, sobre todo hombres, no es un caso femenino del todo atípico. Acata las normas y valores sociales y se comporta como cualquier otra señora: con dedicación al hogar, acepta la autoridad del marido dentro de su familia, centra su atención en la culinaria, la moda y otras preocupaciones consideradas "femeninas".

Ya otras publicaciones sobre la historia de Medellín, la ciudad a la que doña Blanca se refiere más en extenso por haber vivido allí mayor número de años, habían ilustrado con referencias gráficas o escritas las costumbres de la clase alta de comienzos del siglo. Entre ellas se destacan: la revista *Sábado*, que empieza a salir en 1921, bajo la dirección de Ciro Mendía y Gabriel Cano; *Medellín en 1932*, de Ed. Librería Pérez, publicado en ese mismo año; *Historia del teatro en Medellín y otras vejeces*, de Eladio Gónima, publicado en 1973, y *Miscelánea sobre la historia, los usos y las costumbres de Medellín*, de Alberto Bernal Nichols, publicado en 1980.

Todos traen alusiones a la vida social y cultural de las mujeres "acomodadas" de la ciudad, pero siempre desde el punto de vista de los hombres. Lo interesante de la crónica de doña Blanca es que junto a la revista mensual *Letras y Encajes*, aparecida entre 1926 y 1951 y cuyas directoras fueron Sofía Ospina de Navarro y Teresita Santamaría, *La abuela cuenta y Crónicas*, también de doña Sofía, nos refieren la historia, versión femenina, informando mucho más de su vida diaria y ofreciendo descripciones y comentarios que sirven para comprender la mentalidad de las señoras "acomodadas" del Medellín de antes.

PATRICIA LONDOÑO

Historia doble de la costa

Historia doble de la costa
Orlando Fals Borda
Carlos Valencia Editores. Bogotá.
Vol. 1, 1979. Vol. 2, 1981. Vol. 3, 1984

Dos inquietudes metodológicas marcan el trabajo que ahora presentamos al lector: el análisis regional y la investigación-acción participante (Iap). En cuanto al análisis regional, Fals Borda se une al ya creciente grupo de investigadores sociales que

deja atrás los estudios globalizantes de la sociedad colombiana, para enfrentar un análisis más detallado de las unidades histórico-espaciales que la constituyen, en este caso la costa atlántica. Ahora bien, su esfuerzo es único en cuanto a la amplitud cronológica y al nivel exhaustivo de la reconstrucción histórica. No les falta razón a los editores cuando señalan que *Historia doble de la costa* es la obra más completa que se ha publicado sobre una región colombiana.

La Iap fue presentada oficialmente por Fals Borda en el Congreso Mundial de Sociología de Cartagena, en 1978. De ella hablaremos más ampliamente cuando presentemos el primer volumen de la serie. Debida como ha sido, la Iap constituye sin duda una nueva propuesta metodológica que, quiérase o no, ha conmovido al mundo académico colombiano. En verdad, la obra de Fals Borda no ha pasado inadvertida entre los investigadores sociales del país, cualidad que no poseen todos nuestros trabajos científicos.

A continuación comentaremos cada uno de los tres volúmenes hasta ahora publicados sobre la historia de la costa atlántica. Debe notarse que los tres se desenvuelven en dos niveles: el canal A, de redacción sencilla y descriptiva, orientada a los dirigentes y "cuadros" populares; y el canal B, más interpretativo y teórico, supuestamente encaminado a satisfacer las demandas del mundo académico.

MAURICIO ARCHILA NEIRA

A nobleza comprada le sale su hombre-caimán

Mompox y Loba, Historia doble de la costa - 1
Orlando Fals Borda
Carlos Valencia Editores. Bogotá, 1979,
324 páginas

En este primer volumen Orlando Fals Borda nos introduce al mundo

riberano de la depresión momposina. De entrada nos presenta los dos conceptos que serán claves a lo largo de este volumen: región y cultura. El concepto de región articula lo físico y lo histórico al referirse a unidades espaciales (geográficas y ecológicas) en las cuales grupos humanos viven adaptadamente desarrollando formas culturales específicas. La depresión momposina constituye una subregión de la costa atlántica, en el marco de sucesivas formaciones sociales (la colonial y la nacional).

El concepto de región sería solamente una categoría espacial si no se le incorporase el de cultura. De ahí la necesidad, para Fals Borda, de introducir la categoría de cultura anfibia que incluye el conjunto de actitudes, comportamientos, valores y tradiciones de los habitantes de la subregión momposina. Básicamente se trata de una cultura riberana que se reproduce a partir tanto de los ríos como de tierra firme. El mito del hombre-caimán es el mejor símbolo de los pobladores de la depresión momposina.

Una vez aclarados estos conceptos, Fals Borda se remonta históricamente a las bases de dicha cultura anfibia: los grupos indígenas malibués, zenúes, chimilas, etc. La conquista española arrojó, como en toda Hispanoamérica, un balance negativo para las comunidades indígenas. Sin embargo, el hecho colonial se impuso y sobre estos grupos indígenas se desarrolló la dominación "señorial" española. Como sucedió en otras regiones de Hispanoamérica, en ésta subregión se establecieron lentamente las encomiendas, los resguardos, el concierto agrario, y posteriormente la esclavitud. Paralelamente a la cultura dominante española se fue formando desde abajo una cultura mestiza, anfibia, una verdadera contracultura popular. Para Fals, esta contracultura constituyó un vehículo de resistencia a los poderes dominantes. Dicha resistencia, por tanto, incluyó desde las rebeliones indígenas y los palenques, hasta la música y el *ethos* costeño. En el tratamiento dado a las luchas de resistencia subyace una nueva perspec-